



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la ordenación diaconal de los
Monjes Benedictinos Jacques y Roberto.**

**Iglesia de El Carmelo,
6 de enero de 2010.**

Excelencias, querido Padre Archiabad

Queridos hermanos y hermanas:

La Epifanía marca a nuestra Arquidiócesis de La Habana con un signo de gozo y esperanza, desde el momento en que en una fecha como ésta, 6 de enero, pero de tres años atrás se pudo obtener la autorización oficial para que la Orden Benedictina viniera a establecer un monasterio en Cuba. En breve tiempo el Monasterio de Santa Otilia de la Orden Benedictina en Alemania se dispuso a conocer las posibilidades y medios con que podían contar para establecerse en nuestro país. Una primera visita del Padre Emmanuel y otra del Archiabad, Padre Jeremías, aquí presente, fueron sentando las bases para la futura fundación en Cuba.

Epifanía significa manifestación, es decir hacer pública la presencia del Hijo de Dios hecho hombre en medio del mundo. Es una solemnidad misionera. Las escenas que describe el profeta Isaías de pueblos diversos que vienen cargados de ofrendas y riquezas y confluyen en la ciudad santa de Jerusalén, son un anuncio y un deseo de que todos los pueblos de la tierra se congreguen junto al único y verdadero Dios y Señor; los magos, hombres sabios de la antigüedad que llegan buscando al rey que ha nacido, porque quieren rendirle homenaje, son representativos de una variedad de pueblos distintos.

Jesús, el Salvador nace en un pequeño poblado, en Belén de Judá, pero ha venido pequeño y pobre a nuestro mundo, no sólo como el Salvador de su pueblo, de su nación, sino como el enviado de Dios al mundo entero. Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra.

Pero no serán principalmente los pueblos quienes ahora se formen en caravanas para llegar hasta Jerusalén, ni los sabios y más notables los que busquen y encuentren a Jesús. La manifestación del Salvador, su Epifanía, se produce por medio de los discípulos y seguidores de Jesús, que lo llevan en sus corazones adondequiera que van y que deben ir hasta el fin del mundo para darlo a conocer y sembrar amor entre los distantes y alejados.

La Epifanía es fiesta misionera, nos recuerda a todos que la misión es esencial a la Iglesia, que tiene el deber de ser portadora de Jesús a los hombres por medio de sus pastores, de las personas consagradas y también por medio de cada cristiano, el cual hace presente a Jesús con su vida, con su testimonio, con su palabra en medio del mundo profesional, laboral, familiar y social en que vive.

Y he aquí que la misión será la causa del beneficio que representa para Cuba la venida a esta Arquidiócesis de los monjes benedictinos. Una misión que despliega de modo impecable la Orden fundada por San Benito de Nursia. Y hablo de evangelización y de misión al mencionar a la Orden Benedictina para que aprendamos a evitar el error de pensar que evangelizar y misionar consiste únicamente en pasar de puerta en puerta hablando de Dios, predicando, invitando a la conversión; ya he dicho que el laico cristiano es misionero, siendo testigo de Cristo por su vida, por su comportamiento, tanto en el medio profesional, laboral, artístico, como en el seno de su familia.

San Benito dejó como lema a sus monjes: "Ora et labora", o sea: reza y trabaja, y así lo harán sus hijos, al modo de Jesús, que sólo pasó tres años enseñando y predicando, pero vivió su vida de niño, de adolescente y de joven adulto orando y trabajando con sus manos la madera, como un simple carpintero.

Una vida en común de oración y de trabajo sería el sello que distinguiría la Orden Benedictina, y fueron de ese modo fermento en la masa, los grandes evangelizadores de Europa, salvadores de la cultura en tiempos de los bárbaros, civilizadores con el poder extraordinario que tiene el Evangelio vivido en la oración, en la alegría, en el silencio, de dar acogida a quien llega buscando paz para su espíritu.

Siglos de experiencia misionera, llenos de frutos de santidad acompañan al monasterio de Santa Otilia, que es una Abadía misionera, y cuenta ya en su historia veinte monasterios fundados en Europa, en Corea, en África, en América Latina y ahora en Cuba.

Este Monasterio nuestro es fruto, pues, del aliento misionero que anima la tradición de Santa Otilia. ¡Cuánta alegría y admiración experimenté al llegar a mis manos desde Roma la decisión de fundar en Cuba un Monasterio y de llamarlo Monasterio de la Epifanía del Señor!, ¡qué hondo sentido adquiriría este título, sobre todo cuando ante el proyecto de una fundación en La Habana expresaban su disponibilidad a colaborar otros monasterios como el monasterio de La Encarnación, en Togo, África, cuyo Prior, el Padre Bonifacio, se encuentra hoy aquí! Es también motivo de alegría contar en este monasterio con un monje de Filipinas. El espíritu misionero llevó al monasterio de Santa Otilia a fundar en esos países y en el espíritu de la misión se integra el monasterio de La Habana; hoy instalado provisionalmente en esta Casa que nos ha cedido para este fin la Orden Carmelitana; pero comenzando ya a delimitar sus tierras y limpiarlas de abrojos para construir su propio monasterio al este de nuestra diócesis. La oración y el trabajo van siempre juntos en la Orden benedictina. En esta ocasión en que me apresto a conferir el orden de los diáconos a los hermanos Jacques y Roberto me he querido extender en la presentación de esta Orden religiosa más que milenaria, pero que no estuvo nunca presente en Cuba, para que comencemos a conocer qué y cómo son los benedictinos.

El mandato de orar que les dio su fundador San Benito, lo cumplen marcando los períodos de trabajo con ratos de oración común, oración litúrgica que rezan juntos, cantada casi siempre. También el trabajo es comunitario y repartido entre todos.

Por esto nada cambiará externamente en la vida del Hno. Jacques que es Prior de este monasterio, ni del Hno. Roberto con respecto a su vida de comunidad al ser ordenados diáconos.

Ellos reciben de manos del Obispo diocesano el Orden de los diáconos, que consiste en servir al Obispo y a los sacerdotes, ayudándolos en la celebración del misterio eucarístico, incluso llevando la comunión a los enfermos y en tareas de catequesis y predicación de la Palabra.

Jesús, en la última Cena con sus apóstoles se despojó de su manto y se pudo a lavar los pies a cada uno de sus discípulos. El espíritu de servicio debía preceder a la presidencia de la mesa eucarística. Por eso, además de ordenar diáconos permanentes, también la Iglesia ordena diáconos a aquellos que serán más tarde ordenados sacerdotes, porque el discípulo de Cristo es un seguidor de Aquel que vino no a ser servido, sino a servir y entregar su vida y cualquier que sea su ministerio debe estar animado por ese espíritu servicial.

Queridos Hnos. Jacques y Roberto, que hoy reciben una gracia sacramental que los confirma como servidores, ustedes saben bien que no es ésta una dignidad que los pone por encima de sus hermanos, o los diferencia de ellos en su quehacer o en su trato. Es una gracia de servicio y de entrega que viene a confirmarlos en ese espíritu servicial de unos para con otros, que es propio de la vida monacal.

Por el diaconado, sin embargo, al hacerlos partícipes del sacramento del Orden Sagrado, su servicio adquiere una nueva connotación, no sólo intracomunitario, con relación a sus hermanos de religión, sino que se convierte, por la imposición de manos del obispo y la oración consecratoria que él pronuncia, en un ministerio eclesial que ustedes ejercen para hacer presente de modo sacramental, en el seno de la Iglesia y de cara a los fieles cristianos, el servicio a la Eucaristía y a la Palabra de Dios, que se extiende también a los pobres, a los enfermos y a otros necesitados. Es decir, de ahora en adelante ustedes vivirán su consagración religiosa, por los votos de castidad, pobreza y obediencia, ejerciendo, en bien de la Iglesia el ministerio diaconal.

No olvidemos cómo se produjo la institución del diaconado. Los apóstoles buscaron hombres probados que pudieran atender la obra caritativa de la Iglesia naciente, pues las viudas y los necesitados se habían quejado de falta de atención. Es, pues, una institución apostólica que mira al bien de la Iglesia, a la ayuda de los Obispos y presbíteros para que pudieran dedicarse a las acciones sagradas y a la oración, sin olvidar a los más desfavorecidos. Quedó desde entonces el

orden de los diáconos en la organización jerárquica de la Iglesia, como un complemento valioso para el orden sacerdotal.

Queridos Jacques y Roberto, el Señor, que los llamó a entregar sus vidas en la Orden benedictina, sigue siempre convocando a algunos de entre ustedes para que participen en el orden jerárquico de la Iglesia y la sirvan de modo especial. Que esas llamadas de Dios que llegan a ustedes, casi siempre por medio de sus superiores, encuentren siempre acogida en sus corazones para que el proyecto de santidad, que debe estar siempre vivo en todo cristiano sincero, y que es la propuesta de San Benito para sus monjes, encuentre en este nuevo ministerio un motivo renovado para su crecimiento espiritual.

Que la Virgen Madre, a quien contemplamos en la Epifanía con los magos del Oriente, teniendo a Jesús en sus brazos, sea su sostén en estos empeños fundadores de la Orden Benedictina en Cuba, para adaptarse a las nuevas realidades que les salen al paso, para desbrozar los terrenos de sus futuros cultivos y para edificar con prontitud el nuevo Monasterio de la Epifanía del Señor en las cercanías del poblado de Castilla. Saben que cuentan con las oraciones del Obispo que tanto ansiaba tenerlos con nosotros y que en esta ocasión tan propicia da gracias a Dios por el camino recorrido con tanta diligencia. Les aseguro que tendrán también la oración de todos los católicos habaneros que ya conocen de su presencia y se regocijan de ella.

Ruego en este día muy especialmente por estos dos hermanos que tengo la alegría de promover al orden de los diáconos, para que sigan siendo siempre servidores fieles en la observancia de la Regla de San Benito.

Invocamos ahora sobre ustedes, Jacques y Roberto, la intercesión de los santos.